

## VICTORIANO CRÉMER, UN ESPÍRITU REBELDE

**A** primeras horas de la mañana del día 27 de junio de 2009 fallecía Victoriano Crémer en León, la ciudad en la que vivió 92 de los 102 años de su larga y fructífera vida. Se apagaba así la existencia de un hombre que nació en Burgos en 1907 y que diez años después recalaba con su familia en León, ciudad y provincia donde fue todo lo que uno puede ser: trabajador de varios oficios, periodista de radio y prensa escrita, cronista oficial, hijo adoptivo y predilecto, doctor *honoris causa* de su Universidad... No por ello ha sido un hombre limitado a su barrio o a su ciudad, sino que por medio de su poesía sobre todo, ha traspasado lindes y fronteras como verdadero portavoz lírico del hombre universal, del hombre humilde para el que él hubiera querido escribir, al que hubiera querido redimir con su poesía. Los que hemos tenido la fortuna de convivir con Victoriano Crémer sabemos que su inicial aspereza ocultaba una ternura íntima que afloraba en el momento más inesperado. Su voz recia, bronca y vigorosa era resultado de una fuerza interior no ajena a transportes de delicado lirismo. En el trato general Crémer era un cascarrabias; pero el humor dulcificaba cualquier aspereza. En el fondo anidaba un espíritu crítico ante las pequeñas y las grandes cosas, ante los sucesos de cualquier índole, ante la política municipal y la política nacional e internacional, ante las distintas ideologías y ante las iniquidades que se ocultaban bajo los altos principios de las democracias occidentales. Crémer era un rebelde, una conciencia alerta ante los problemas concretos de su barrio, de su ciudad y de la España que le tocó vivir.

La guerra civil lo llevó por dos veces a la cárcel, primero a la de San Marcos, después a la de Puerta Castillo, las dos en la propia ciudad de León. Fue durante los años duros de la posguerra cuando comenzó a elaborar su

extensa obra en el periodismo escrito y radiofónico, en la poesía y en la prosa de sus novelas y relatos.

El periodismo fue su modo de vida durante setenta años; murió Crémer con la pluma en la mano: el mismo día de su muerte publicaba el *Diario de León* su último texto. Con ciento dos años Crémer seguía escribiendo su artículo diario de opinión. Su pluma, buida y acerada, fue la más leída en la ciudad; su voz, en los años de la radio, la más oída y comentada; su palabra, la más crítica, propia de quien –al decir de Lamparilla, otro periodista leonés– manejaba la pluma como un florete. Durante muchos años su sección llevó el título de “Asterisco”, en *Proa* o en *Diario de León*. En este último medio mantenía desde abril de 1990 la sección titulada “Crémer contra Crémer”, índice externo de un hombre polémico, con sus perplejidades a flor de piel. En 1976 fue nombrado Cronista Oficial de la Ciudad, un pequeño reconocimiento para quien tantos esfuerzos había empleado.

Hombre de pluma, en el más extenso sentido de la palabra, Crémer escribió algunas obras de teatro, novelas, ensayos y memorias, si bien es su poesía la escritura más valorada literariamente.

*Libro de Caín* (1958), su primera novela, es una interpretación personal del mito bíblico, al que se suman diferentes reminiscencias autobiográficas. Mayor complejidad muestra *Historias de Chu-Ma-Chuco* (1970), novelización de la situación social que lleva a la guerra civil del 36 en una ciudad de provincias identificable con León. En *Los trenes no dejan huella* (1986) un viejo exiliado regresa a su ciudad, León, tras casi cincuenta años de ausencia, para reconstruir su propia historia. *Los extraños terroristas de la “Sábana Santa”* (1994) quiere ser la explicación al vaciamiento moral de una ciudad de sólidos pilares históricos. *Parábola de Amalia “La Petarda”* (1997) narra la epopeya de las mujeres de la guerra en la ciudad de Maceda, espacio de cualquier ciudad de la época y de España misma. *La casona* (2001), por fin, es el relato de la formación de un muchacho al que las circunstancias maduran antes de tiempo; es también el cernido de unas vivencias sobre las que el autor ha construido buena parte de su obra literaria en prosa y en verso, pues el autobiografismo es una de las señas de identidad de la literatura cremeriana. De forma más directa se reflejan experiencias vividas en el *Libro de San Marcos*, registro y testimonio de las prisiones sufridas por el autor durante la contienda civil, y en *Ante el espejo. León 1920-1940*, memorias del autor, de la época y de la ciudad en la que vivió. Victoriano Crémer ha escrito también narraciones para niños (*El mundo de José Jesús*, 1987), ensayos sobre pintura (*El libro de Vela Zanetti*, 1974) y escritos diversos que hacen de su obra un mundo vario, amplio y complejo.

Tras un primer libro de trasnochado modernismo, escrito con Francisco Pérez Herrero, Crémer ofreció su verdadera talla de poeta en 1944 con *Tacto sonoro*. Fue el año del despegue de la poesía en la posguerra, con *Hijos de la ira*, *Sombra del Paraíso* y *La estancia vacía*; fue también el año de *Espadaña*, la revista de crítica y de poesía fundada en León por Antonio González de Lama, Eugenio de Nora y el propio Crémer, que la sostuvo con ímprobo esfuerzo a lo largo de 48 números y seis años de existencia. *Tacto sonoro*, primer libro importante de un poeta de posguerra, manifestaba preocupaciones existenciales del escritor extensibles al hombre en general: el dolor humano, la muerte, el hombre perseguido, los pueblos y las patrias del hombre de aquí y ahora. *Caminos de mi sangre* (1947) era título expresivo de unas preocupaciones existenciales que adquirieron, poéticamente, un apasionamiento vertido en largos poemas ásperos y desgarrados. El poeta rebajó el tono en sus dos libros siguientes, *Las horas perdidas* y *La espada y la pared*, los dos de 1949, con los que cerraba una primera etapa de su obra lírica, si bien la continuidad es un rasgo acusado de la poesía cremeriana, que toma al hombre y sus circunstancias como tema casi único, variando acaso el enfoque y la intensidad a lo largo de los años. De este modo, parece indudable que la preocupación existencial cobra mayor intensidad en la etapa inicial, la que acabamos de describir, en la que Crémer expresa la angustia del vivir y del morir (el vacío, la soledad, la corrupción y el espanto), con una tonalidad sentimental de miedo y tristeza. El problema social aparece con fuerza en *Nuevos cantos de vida y esperanza* (1952), verdadero “Cancionero de Puertamoneda”, de los seres pobres y humildes el barrio leonés en el que vivía. En ese mismo año 1952 apareció incluido Crémer entre los nueve poetas que formaron la *Antología Consultada de la Joven Poesía Española*, imprescindible para conocer las valoraciones poéticas de la época. Personalmente, el cambio desde la calle de Puertamoneda hacia lugares más céntricos y acondicionados de la ciudad es todo un símbolo y una constatación de que la situación de pobreza de Victoriano Crémer corría mejor fortuna. Con *Nuevos cantos* seguía Crémer la senda de la mejor poesía del momento, por la que transitaban Celaya, Blas de Otero, Leopoldo de Luis, Ángela Figuera, Eugenio de Nora y José Hierro; fue el camino que avanzó del compromiso existencial al compromiso social. *Nuevos cantos de vida y esperanza*, poemario homogéneamente comprometido, trazó la vía por la que caminará la poesía cremeriana posterior, ahondando en reflexión serena y en palabra cada vez más remansada, emotiva y melodiosa. *Furia y paloma* (1956), *Tiempo de soledad* (1962) y *El amor y la sangre* (1967) son los poemarios que siguen. El Premio Nacional de Literatura concedido a *Tiempo de soledad* reafirmaba el prestigio del escritor que, definitivamente, convertía su poesía en “himno del mundo humilde”, de las gentes sin oficio ni

beneficio en el contexto de la España sembrada de muertos elocuentes. La experiencia de la guerra impregna la obra toda de Crémer. El largo poema *Diálogo para un hombre solo*, publicado en 1963, es el testimonio poético más acusador y recriminatorio sobre la guerra civil. Sin olvidarla, la poesía de Victoriano Crémer fue adquiriendo progresivamente un tono más sosegado, de manera que la España violenta se convierte en “patria de la costumbre” que “hacemos día a día”. Es el nuevo tono que marcará su poesía desde *Lejos de esta lluvia tan amarga* (1974), con el que iniciaba Crémer una tercera etapa poética, dentro de su característica continuidad temática. Esta etapa la podríamos dividir, a su vez, en dos tiempos marcados vital y poéticamente por la muerte de la esposa del poeta. En un primer grupo estarían, además de *Lejos de esta muerte tan amarga*, *Los cercos* (1976) y *Última instancia* (1984). Con su palabra llena de experiencia vital y poética, Crémer conjuga lo existencial y lo social y, al mismo tiempo, su voz se remansa más aún, se hace más reflexiva y serena; y el tono suena paciente, trémulo y emotivo. Crémer fue cumpliendo años, pero los de la vejez siguieron alimentando la llama de la poesía, siempre fiel a su mundo, aunque en él aparezcan algunas preocupaciones nuevas, derivadas de la misma circunstancia vital del poeta: la vejez y los viejos, la enfermedad y muerte de la esposa... El segundo grupo de poemarios de la vejez lo componen *El cálido bullicio de la ceniza* (1990); *La escondida senda* (1993) *El fulgor de la memoria* (1996) *La resistencia de la espiga* (1997); *La paloma coja* (2002); *El palomar del sordo* (2005) y *El último jinete* (2008), que fue premio Gil de Biedma. Todos los libros poéticos de Crémer, a excepción del último, han sido reunidos con el título *Los signos de la sangre*, en dos tomos que, desgraciadamente, el poeta no pudo ver. Tres días después de su muerte se ponían a la venta. Sí pudo disfrutar, en cambio de las actas del Congreso sobre su obra celebrado en octubre de 2007, publicadas en mayo de 2009 con el título *Victoriano Crémer. Cien años de periodismo y literatura*.

Crémer ha defendido siempre la dimensión humana de la poesía, convirtiéndose el poeta en mentor y ejemplo práctico del proceso de “rehumanización” de la lírica de posguerra. Crémer entiende que la poesía debe expresar al hombre que uno es, ese ser cuyas preocupaciones profundas ha reducido a cuatro, Amor, Dios, Patria y Muerte, en la cuales van incluidos los gozos y las angustias existenciales y las provocadas por la historia que a cada uno le haya tocado vivir. De ahí que pida una poesía comprometida con la realidad. Pero el tiempo no ha pasado en vano: el recuerdo, la mirada hacia atrás, el dolor y el consuelo de la rememoración dan a los libros últimos de Crémer una tonalidad paciente y melancólica.

El Instituto Castellano y Leonés de la Lengua inauguró en 2008, en Burgos, la exposición “Manuscritos y garabatos”, que en el momento de su

muerte se podían contemplar en su ciudad de adopción, en la sede del Instituto Leonés de Cultura. El vigor del trazo y la combinación del color descubrían una nueva faceta de un hombre que hasta el último día tuvo algo importante que decir.

Entre los numerosos premios y reconocimientos recibidos pueden destacarse el Premio Nacional de Literatura, el Premio Castilla y León de las Letras y el ya citado nombramiento de *Doctor Honoris Causa* por la Universidad de León en 1991. Días antes de su muerte se le había concedido la Medalla de Oro de las Bellas Artes. En vida y en muerte, ningún premio hubiera deseado con más ahínco Victoriano Crémer que la cercanía y el aprecio de sus lectores. Crémer ha muerto, pero su obra permanece. Descanse en paz el amigo y el maestro.

JOSÉ ENRIQUE MARTÍNEZ  
UNIVERSIDAD DE LEÓN